

Fernando Villamía

# EL CUENTO DE LA VIDA

XIX  
Premio  
de Novela  
Ciudad  
de Badajoz



*Detrás de un crimen con sabor a venganza  
se adivinan los secretos del ocultismo nazi*

algaida

Un jurado compuesto por Carmen Amoraga, Luis Alberto de Cuenca, Fernando Marías, Miguel Ángel Matellanes, Manuel Pecellín Lancharro y Marta Rivera de la Cruz concedió a la novela *El cuento de la vida*, de Fernando Villamía, el XIX Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



Ayuntamiento de Badajoz

# Índice

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

NOTAS DE INTERROGATORIOS. CASO NEUMANN

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

DECLARACIÓN DE INGRID CORNIBÉ. CASO NEUMANN

Créditos

*Para Lis, Beatriz e Ignacio*

«Raro asunto la vida: yo que pude  
nacer en 1529,  
o en Pittsburg o archiduque, yo que pude  
ser Chesterton o un bonzo, haber nacido  
gallego y d'Ors y todas estas cosas.  
Raro asunto  
que entre la muchedumbre de los siglos,  
que existiendo la China innumerable,  
y Bosnia, y las cruzadas, y los incas,  
fuese a tocarme a mí precisamente  
este trabajo amargo de ser yo».

«Raro asunto», de Es cielo y es azul  
MIGUEL D'ORS

## 1

Todo el mundo creía que estaba muerto o que había desaparecido. Cuando yo empecé a trabajar en la Fundación Gnosis —y eso fue un poco antes de 1980—, hacía treinta y cinco años que no se tenían noticias de Gottlob Neumann. En realidad, sólo lo conocían un puñado de historiadores meticulosos y algún que otro investigador raro. No era un personaje célebre; su figura no desprendía ese efluvio entre maldito y criminal de los grandes jerarcas de la época. Como otros muchos alemanes, en los estertores de la Segunda Guerra Mundial, desapareció sin despedirse de nadie, sin dejar pista alguna acerca de su paradero. Salió de su casa en las afueras de Berlín y no se le volvió a ver más. Había dejado comida en la cocina, algo de dinero en su cuenta bancaria y toda su ropa ordenada en cajones y armarios. Como si hubiera salido para hacer un recado. Pero nunca volvió. Desde ese día de 1945 hasta el 8 de diciembre de 1980 fue como si a Gottlob Neumann se lo hubiera tragado la tierra. Y ni siquiera ese día acabó de salir del todo del anonimato, sepultado su nombre en periódicos y medios de comunicación por el asesinato de John Lennon que ocurrió en la misma fecha.

Su desaparición desató toda suerte de conjeturas y rumores sobre lo que le habría ocurrido. Algunos sostenían que había muerto y que su cuerpo, como el de otros muchos, se encontraría en una fosa común perdida en Alemania. Otros aseguraban que, como gran parte de las autoridades del momento, se había suicidado. Pero su cadáver no apareció nunca y tampoco fue posible recoger testimonios sobre su posible extinción. Otras explicaciones más imaginativas trataban de combinar la verosimilitud histórica

con la peripecia novelesca, y dotaban a Gottlob Neumann de una personalidad más literaria. Una de ellas pretendía que Neumann había abandonado Alemania disfrazado de mujer; se había sometido a diversas operaciones de cirugía plástica y vivía, con otra identidad, en algún país de Sudamérica. Otra sugería que permanecía en su país con una identidad falsa y un físico retocado, pero con el ideario intacto. Y que, desde una imprecisa clandestinidad, seguía trabajando en la difusión de sus convicciones y en la restauración del Reich alemán. Una tercera, más romántica y poética, aseguraba que Neumann, descreído y baldado de tristeza, se había convertido en vagabundo, en uno de esos *homeless* que desplaza su cuerpo y su locura por las ciudades de California. Por último, algunos afirmaban que su destino había sido Jordania y, desde allí, daba pábulo a sus dos principales aficiones: el ocultismo y el antisemitismo.

Supongo que, si Neumann hubiera sido un personaje más importante en la áspera época del nazismo, esas historias y leyendas acerca de su identidad y su vida habrían persistido. Sin embargo sólo era un segundón, un hombre resolutivo y tenaz, pero sin poder alguno ni capacidad de decisión. Uno de esos hombres obedientes hasta la servidumbre y eficaces hasta la interjección, pero carente de iniciativa e incapaz de ideación. Su destino había sido la obediencia, y lo había cumplido de manera ejemplar. Creía a pies juntillas en aquella fórmula del absolutismo francés, según la cual al súbdito le queda la «gloria de obedecer», y se atenía a esa fe con fervor de catecúmeno. A su juicio, sólo la jerarquía clara y la obediencia estricta harían grande a Alemania. La cadena de mando era para él la verdadera cadena del ser, y la obediencia la tarea esencial del hombre en este mundo. Sólo así podía una nación aspirar a la gloria. Sólo así la verdadera Alemania podría levantarse de los escombros de su propio ser. Tal vez por eso mismo pronto quedó olvidado.

Con tan escueta filosofía Neumann había llegado a confundir el delirio con la lucidez y a convertirse en uno de los hombres de confianza de Heinrich Himmler, el flamante Reichsführer-SS und Chef der Deutschen Polizei desde el 17 de junio de 1936 y responsable de la política racial del Reich. Al igual que a Himmler, a Neumann lo protegía su propia insignificancia. Era, como él, un hombre de método, no de carácter, y a su lado encontraría grandes posibilidades de medro social, personal y cultural. Cierto es que Neumann sólo ejercía como su asistente, y que se le encomendaban misiones puramente menestrales y ancilares, como llevar la cartera y tener dispuesta la ropa del Reichsführer, ocuparse de su alimentación y de los elementos de su higiene, y efectuar los recados que se le ordenaran. Pero el puesto le permitía disfrutar de una proximidad notable con Himmler, participar del halo de poder que de él emanaba y coquetear con una suerte de emulación de su jefe. Esa misma condición subalterna lo había preservado de las acusaciones que pesaban contra el Reichsführer, y no había sido perseguido de manera tan estricta al finalizar la guerra. Su participación en los hechos había consistido en un atónito asistir a la metódica manifestación de la barbarie y a la tecnificación de la muerte en masa. Pero no se le podía inculpar de ninguna intervención directa en tan brutales hechos. De hecho, no se le acusaba de crímenes de guerra ni de crímenes contra la humanidad. Había sido un nazi de segundo orden aupado a una cierta visibilidad por su tarea de asistente de Himmler.

De esa época, por lo que he podido saber, sólo se conserva una foto de Gottlob Neumann. En ella puede verse a un repeinado joven de veintitantos años, de mirada limpia y ojos rabiosamente azules. En el rostro quedan rastros de un remoto candor infantil y se adivina una animosa disposición en los pómulos. La nariz imperiosa, de trazo severo y aristas duras, parece un trallazo en medio de la cara. Los labios, finos y levemente despectivos, esbozan una sonrisa fría en la

boca siempre crispada. Toda su cara desprende una luz espectral, como recorrida por un largo escalofrío. Y sin embargo, al contemplarla, acaba por imponerse una sensación de fragilidad e indefensión, como si en la foto tiritara una magullada ternura. Nadie pensaría que se trata de la fotografía de un hombre inclemente, versado en las estrategias de la muerte y vinculado a los campos de exterminio y sus cámaras de gas. Más bien parece un funcionario, una especie de oficinista atildado, de energía sometida a las normas, de impulso encauzado en la obediencia. Un hombre normal y corriente con un poco de frío en la mirada.

Como es lógico, ninguno de los que trabajábamos en la Fundación Gnosis teníamos ni la más remota idea de la verdadera identidad de nuestro jefe. Lo descubrimos aquel 8 de diciembre, en realidad, el 9, porque el día 8 era festivo y nadie había ido a trabajar. Para nosotros, Gottlob Neumann no era otro que Hans Maier, Herr Maier, como le gustaba que lo llamáramos.

Lo teníamos por un emprendedor austríaco de Graz, procedente de una familia acaudalada, que con sabias inversiones en bolsa y consejos prudentes había amasado una considerable fortuna. El dinero le permitía vivir en una discreta opulencia vigorizada por un secreto impulso de austeridad. Era un hombre frugal, moderado en sus gustos y austero en su vivir. Cultivaba aficiones sencillas; le gustaban la lectura, los viajes, el cine y el fútbol. No rechazaba una buena comida o un vino excelente, pero tampoco se desvivía por ellos, y tendía a conformarse con un régimen moderado y una vida normal. Detestaba destacar. Le parecía vulgar la exhibición de riqueza o de poder, y procuraba instalarse en una discreta medianía que evitara el relumbrón. Eso no menoscababa en absoluto su autoridad: sabía mandar sin ser autoritario, reñir sin gritar y corregir sin ofender. Era frío en el trato, pero educadísimo en las formas. Y nadie ponía en duda su jerarquía en la empresa. Era carismático y lo sabía y su personalidad nos parecía magnética.

Cierto es que tenía un pronto autoritario y una absoluta incapacidad para comprender la desobediencia que, ahora, con la nueva información de que disponemos, cobran tal vez nuevo significado. Pero también es verdad que, una vez superada esa brusquedad repentina e incontenible, se atnía a actitudes más razonables. Nunca se me hubiera ocurrido calificarlo de nazi.

Su vida personal tampoco parecía volcada a la aventura. Había enviudado muchos años atrás y no tenía hijos. Algunos aventuraban que había perdido muy joven a su mujer y vivía torturado por el recuerdo de ese amor astillado por la desdicha. Que para aliviarlo contratava ocasionalmente los servicios de alguna profesional, pero más por imperativo biológico que por demanda afectiva. Que se había encastillado en una soledad altiva y reconcentrada a la que no pensaba renunciar. En realidad, nadie podía asegurar nada acerca de su vida amorosa o sexual. Sin embargo, en la Fundación Gnosis todos estábamos convencidos de que Ingrid Cornibé, su secretaria, era también su amante. La verdad es que nunca, ni en los momentos que más pudieran prestarse a ello, advertimos entre ambos en la oficina ninguna efusión sentimental, ninguna carantoña o guiño de complicidad. Nada que pudiera delatar una conexión más íntima. Su trato se circunscribía a los estrictos términos de la relación profesional, que excluía el tuteo, la cercanía física y toda veleidad afectiva. Pero en los movimientos de Ingrid, en su manera de dirigirse a Herr Maier, todos creíamos adivinar una poderosa carga erótica, una susurrada invitación a mayores atrevimientos. Quizá no fueran más que trampas de nuestra propia lujuria, que inducía en nuestras mentes suntuosos espejismos de imágenes procaces y sugerentes insinuaciones. Porque, justo es decirlo, Ingrid era y todavía es una mujer imponente.

Con todo, había en Maier dos claras pasiones: el ocultismo y la higiene personal. A la primera había dedicado su patrimonio. Había destinado la mayor parte del mismo a

crear la Fundación Gnosis, una pequeña empresa de diez empleados que se dedicaba al estudio, análisis, búsqueda y almacenamiento de toda clase de elementos ocultistas, mágicos o provistos de poder: desde objetos a sociedades e incluso continentes. Estudiábamos y buscábamos el santogrial, el arca de la alianza, la lanza de Longinos, la Herrenraße, el sol negro, la Atlántida, la última Thule, la tierra de los hiperbóreos, Shambhala, Agartha y la estrella Aldebarán, la daga de латунь, la joya huérfana; estudiábamos la Orden de Dukenfeld, la de Vril y la Sociedad Thule, y un sinfín de reliquias, textos sagrados y elementos míticos y mánticos. Y Maier financiaba viajes, libros, documentos de todo tipo, excavaciones y búsquedas a todo el equipo de expertos que se suponía formábamos sus empleados. Además de ello, nos pagaba un buen sueldo, con espléndidas gratificaciones cuando descubríamos algo para él valioso o cuando localizábamos algún objeto de su pasión. En los sótanos de la oficina, de una notable amplitud, había ido formando un extraño museo lleno de las reliquias y objetos míticos más preciados para él. En realidad, era un museo para sí mismo, ya que no permitía el acceso a ninguna persona ajena a la empresa y obligaba a todos sus empleados a firmar un contrato de confidencialidad.

Al principio, uno podía pensar que la empresa y el museo mismo no eran sino productos de una caprichosa extravagancia, un despropósito de millonario excéntrico. Pero pronto se veía que no; que a Herr Maier lo guiaba una poderosa convicción. No lo movía la mera superstición ni el afán de poseer característico del coleccionista, no. Lo movía el poder. Estaba íntimamente persuadido de que la posesión de aquellos objetos o el contacto con determinados seres y lugares iba a dotarlo de un poder especial, de una fuerza sagrada. Para él, nuestro trabajo tenía naturaleza de misión, y exigía de nosotros una entrega desmedida, un entusiasmo sin límites. Suponía que compartíamos su fe, que aspirábamos como él a la conquista de lo sagrado, y nos

hacía partícipes de su fascinación. La fundación estaba destinada a una empresa espiritual y, de acuerdo con esa convicción, nos veía a los trabajadores como monjes o, al menos, como miembros de una orden sagrada. Y, en efecto, lo éramos, aunque sólo él lo sabía y yo llegaría a averiguarlo. Había algo que nos hermanaba a todos los empleados en el dolor, una siniestra condición que todos compartíamos.

Y aunque no llegábamos a su grado de entusiasmo, sí es verdad que todos en la empresa vivíamos en la inminencia del prodigio, en una extraña exaltación que convertía el trabajo en una suerte de ritual, de ejercicio místico. Incluso los inicialmente escépticos acababan participando de aquella atmósfera de cruzada espiritual, de aventura sagrada que tiritaba en cada rincón y que Herr Maier alentaba.

Para fortalecer esa atónita hermandad, Herr Maier había dispuesto en la empresa una meditada liturgia. Dos veces al año, envueltos en un aura de unción y solemnidad, visitábamos todos juntos el museo. Era como descender a las catacumbas más íntimas de nuestra fe, como bañarnos en un aire lustral y entusiasmante. En un silencio reverencial y en riguroso orden jerárquico, recorríamos las piezas del museo como las estaciones de un nuevo via crucis, como si en cada contemplación asistiéramos a una reveladora epifanía. Coincidiendo con los solsticios de invierno y de verano, Herr Maier preparaba las visitas con esmero. Nos recordaba que la circunstancia requería un atuendo esmerado y una disposición espiritual favorable. Nos invitaba a la higiene y a la meditación previas, y acometía el proceso con gestos ceremoniales y voz solemne. Cuando llegábamos a la puerta blindada del museo, exigía silencio, sacaba del bolsillo una llave con ademanes casi eucarísticos, y nos franqueaba el paso a aquel templo sagrado. Cada vez, y en función de algún arcano simbolismo, nos mostraba siete piezas. Ni una más ni una menos. A veces variaban, y a veces se repetían. Pero nadie conocía la lógica interna que dictaba sus elecciones.

El espacio del museo resultaba de una simplicidad eremítica: no había nada superfluo. El suelo, de austeridad franciscana, estaba limpiísimo, pero carecía de baldosas o de cualquier adorno y era de un color ocre oscurecido; las paredes, blancas y desnudas. Nada distraía de lo esencial: las urnas de metacrilato que albergaban los objetos, ellas sí, iluminadas y radiantes. Estaba claro que, para Herr Maier, el museo era una lámpara de iluminación interior, una parábola espiritual que comenzaba en la oscuridad del suelo para remontarse a la luz inmaterial que rodeaba los objetos sagrados. Una suerte de camino de perfección interior. Desde luego, él lo vivía así.

Durante la visita, nadie excepto él rompía el silencio. Y, cuando hablaba, la voz le salía distinta, más impostada, cargada de un extraño fervor, de un temblor espiritual. Como los mistagogos de la antigua Grecia, parecía iniciarnos en los más profundos misterios que tiritaban en aquellos objetos. Y es verdad que a su lado teníamos la impresión de adentrarnos en una ciencia nueva, en un idioma antiguo inexplicablemente abandonado. En la última visita que dirigió, nos mostró un relicario con un clavo de Cristo. Lo cogió entre sus manos, lo levantó en el aire y lo exhibió en un silencio absoluto. Permaneció así más de cuatro minutos. Todos estábamos quietos, contemplando aquello.

—Imaginen lo que estoy sosteniendo entre mis manos —dijo por fin—. Piensen en los ojos que han mirado este clavo y en las manos que lo han tocado. Piensen en la función que ha tenido. Y, si lo resisten, acérquense a verlo más de cerca. Decía el poeta Rilke que lo bello es el grado de lo terrible que todavía podemos soportar; pero aquí estamos en el umbral mismo de lo terrible. Un simple objeto que destila sufrimiento, una concentración pura de dolor. Mírenlo bien y sientan en su interior la fuerza que desprende este clavo. Siéntanla.

Y dejaba unos segundos de silencio que nos alojaban en una febril inactividad. Devolvió el relicario a su lugar, y con-

tinuamos con la procesión. Se detuvo ante otra urna, en la que había un bellissimo pájaro disecado. Yo nunca había visto un ave como aquella: su plumaje era tan puro que casi lastimaba. Y la perfección de sus colores resultaba abrumadora. Nadie sabía lo que era aquello, hasta que Herr Maier decidió confiárnoslo.

—Este pájaro no tiene nombre. —E hizo una pausa que llenó el silencio de solemnidad—. Y nunca lo tendrá, porque es sagrado. Lo trajo san Brandán al regreso de su viaje en busca del Paraíso. Como saben ustedes, en la segunda parte de su periplo, san Brandán llegó al *Paradisus avium*, una isla habitada por pájaros de todo tipo que se unieron a los monjes en sus oraciones. Uno de ellos confesó al santo que los pájaros habitantes de la isla eran los ángeles que se mantuvieron neutrales en el enfrentamiento entre el arcángel san Miguel y Lucifer. Quiero creer que este es el pájaro confidente, pero no puedo estar seguro. En todo caso, sólo les digo que, si lo miran durante un buen rato y en los próximos años viajan a Canarias, serán ustedes capaces de divisar, aunque sea momentáneamente, la isla de San Borondón, esa isla mágica que aparece y desaparece a capricho. No lo tomen a broma. Se lo digo porque yo mismo lo he vivido.

Lo curioso es que todos conocíamos sus referencias y las historias que relataba, pero en su voz parecían distintas, más creíbles, más profundamente verdaderas. Ahora, cuando releo lo que acabo de contar, me consta que parece un absoluto disparate, un delirio de viejo chocho. Pero, cuando él lo decía en el museo, había tal firmeza en su voz, tanta seguridad en sus ojos, que todos lo creíamos y aceptábamos la verdad profunda que dormía en todo aquello. No sé cómo decirlo, pero creo que éramos mejores al creerlo, al participar de aquellos sueños sagrados. Por lo menos, yo me creía mejor en esos momentos, me gustaba más a mí mismo como persona. Y eso no me ha sucedido nunca con otra gente. Algo notable ocurría en aquellos recorridos por

el museo. Herr Maier hacía el itinerario con la mirada desasida del entorno y como purificado de escorias, absorto en un mundo esplendoroso que sólo él parecía divisar, pero del que nos dejaba entrever delicadas esquirlas. Y, de algún modo impreciso y oscuro para el que no encuentro cabal explicación, todos accedíamos a un ámbito más luminoso y puro, a una suerte de revelación. ¡Era un momento tan delicioso, tan gratuito en su belleza, que constituía una verdadera *porta coeli*, una puerta de la alegría abierta porque sí, para ser vista, ni siquiera para ser atravesada! Era como quedarse al borde de una maravilla, en el umbral mismo de un sueño.

Cuando acabábamos las visitas y regresábamos al trabajo, costaba desprenderse del halo de irrealidad que nos rodeaba. Retornar a nuestro ser común y corriente, volver a ser Ingrid o Medina, ocupar la mesa de despacho y ponerse a escribir resultaba penoso durante unos minutos. Luego todos recobrábamos el ritmo normal, y la oficina adquiría el mismo aire de *scriptorium* medieval que siempre había tenido. Después de ese sutil contacto con la maravilla, la rutina parecía gris, pero resultaba también tranquilizadora.

La otra pasión de Herr Maier era la higiene personal. Quizá esa fijación no fuera más que un simple distrito de una obsesión más amplia por la limpieza. Le fascinaban la pulcritud y el orden, los necesitaba. Al final de la jornada, todos debíamos ordenar escrupulosamente nuestras mesas de trabajo, depositar cada cosa en su lugar y eliminar cualquier elemento perturbador. Y él mismo tenía su mesa de trabajo perfectamente dispuesta.

Pero, además, se esmeraba en la limpieza y el orden de su persona. Cada mañana llegaba al trabajo bien duchado y afeitado, con un leve olor a colonia y un atuendo cuya combinatoria había calculado de manera minuciosa. Entre los empleados se había establecido un acuerdo general acerca de la elegancia de Herr Maier. Era impecable hasta el atildamiento. Vestía siempre de traje y corbata, y tanto su